

HARTZENBUSCH

(DON JUAN EUGENIO).

Nació en Madrid á 6 de setiembre de 1806. Su padre fué un ebanista alemán, que se propuso dar á su hijo la carrera eclesiástica: observó despues la poca inclinacion del jóven á aquel estado, y abandonó su designio. Así Hartzenbusch solo estudió el latin y los dos primeros años de filosofía: estudios que hizo en San Isidro el Real de Madrid. Tocóle por preceptor de retórica y poética un padre jesuita de mucha edad, hombre de una erudicion vastísima en los idiomas latino y griego, el cual, como jamas habia enseñado otra cosa, ni aun se acordó de decir á sus discípulos que existía una poética castellana; de modo que Hartzenbusch, dejados ya los estudios y destinado á la profesion de su padre (que enfermo casi continuamente, necesitaba quien dirigiese su taller), aprendió el arte métrico por casualidad, habiéndole caído en las manos el del padre Losada. Robando los ratos que podia á una ocupacion que no le gustaba, leyó nuestros autores dramáticos, los italianos y los franceses, tradujo dos piececillas del francés y refundió dos comedias antiguas, que se representaron en los teatros de Madrid. Una imitacion que hizo de otra comedia francesa se ejecutó en Barcelona. El año 1834, muerto ya su padre, estuvo trabajando como simple jornalero en la obra de mueblage que se hizo para el salon de próceres del Buen Retiro. Viéndose despues sin tener donde emplear su escasa habilidad fabril, aprendió la taquigrafía y el año 35 entró en la redaccion de la Gaceta como taquigrafo temporero. Cerradas las Córtes, escribió *los Amantes de Teruel*, drama que habia empezado con un plan distinto mucho tiempo antes, y que abandonó cuando vió aparecer el *Macias* de don M. J. de Larra, con cuyo plan habia coincidido completamente. Ha hecho despues una traduccion libre de la *Angele* de Dumas, y ha escrito otro drama con el titulo de *Doña Mencia*. Ultimamente, á instancias de los actores de Madrid ha escrito una comedia de magia con el titulo de *la Redoma encantada*, que ha sido como sus anteriores obras, extraordinariamente aplaudida. Ha publicado ademas gran número de composiciones sueltas, en prosa y verso, en varios periódicos literarios.

I.

LA MEDIANIA DE INGENIO.

Mediocribus esse poetis
Non Di, non homines, non concessere columnas.
HORACIO.

Simbólica verdad mal disfrazada,
Grito de la razon á la osadía,
Sueño que su impotencia, que su nada
Revelas á mi estéril fantasía;
Ya dejo la carrera comenzada,
Ya inútil reconozco mi porfía,
Y á pesar del sonrojo que padezco,
La leccion provechosa te agradezco.

Duerme el avaro y con el oro sueña
Que afanoso en sus arcas amontona;
Duerme el que sigue la marcial enseña,
Y ve en sus sienes la triunfal corona;
Duerme el amante, y la beldad risueña
Con su cariño fiel le galardona;
Dormí yo con mi altivo pensamiento;
Pero soñé mi oprobio y mi tormento.

En medio me encontré de una llanura,
Piélago inmóvil de sutil arena;
Suelo entre cuya incómoda soltura
Los pies hallaban pertinaz cadena:
Cercaba el horizonte noche oscura;
Mas brillaba el cenit con luz serena;
Luz que, afrentando la del sol ausente,
Nacia de otro sol mas refulgente.

Del centro levantábase del llano
Altísima pirámide, y su cumbre
Era escabel de un genio soberano
Cercado en torno de celeste lumbre.
Verdes coronas de laurel su mano
Tendia á la infinita muchedumbre,
Que anhelosa llegaba á cada instante
Al pie de la pirámide gigante.

Llamados de la plácida sonrisa
Del númen seductor y de su acento,
Que aun en el alma débil y remisa
Despertaba ambicion y atrevimiento;
Rivales todos en ahinco y prisa
Ansiaban escalar el alto asiento,
Sin reparar en los pendientes lados
De gradas y asidero despojados.

Bajo la planta ví de algun dichoso
Que el mármol ablandaba su dureza,
Labrándole escalones obsequioso,
Tras él deshechos con igual presteza.
Ceñir ví al Genio con laurel glorioso
Del mortal predilecto la cabeza,
Y exclamé : « Cuando todo me resista,
Mayor será la prez de mi conquista. »

En las juntas de la piedra entonces
Hiné las manos con pueril arrojo :
Para otros cera, mas conmigo bronces,
Mi sangre al punto las tñó de rojo ;
Cada cual de los ásperos esconces
De mí quedaba con algun despojo,
Hasta que al medio ya de la subida
La voluntad se declaró vencida.

Rodé precipitado de la altura
Donde me alzó para mi mal mi anhelo,
Y encontré momentánea sepultura
Dentro del polvo del movable suelo :
Con mofa universal mi desventura
Solemnizó la multitud sin duelo,
Y al dolor del orgullo escarmentado,
Desperté sobre el lecho acelerado.

Rayos de mustia lámpara oscilantes
Hirieron en el muro las facciones,
De los ingenios como el sol brillantes,
Que envidian á mi patria mil naciones.
Vi los ojos de LOPE y de CERVANTES
Moverse en encontradas direcciones,
Y por sus labios estenderse lenta
Sonrisa amarga de piedad que afrenta.

Sí, con postizas alas es en vano
Querer alzar hasta el olimpo el vuelo ;
Decreto irrevocable, aunque tirano,
Se burla del afán y del desvelo :
Do quier que toca la azarosa mano
Que el genio no inspiró, derrama hielo,
Y hasta el aliento del bastardo vate
Aja las flores y su tronco abate.

Entrever fugitiva y seductora
Encubierta beldad, nublada estrella,
Y seguirla con planta voladora,
Y hallarse siempre separado de ella,
Y ni olvidar su forma encantadora,
Ni el velo alzar que sus hechizos sella ;
Este tormento sufre el infelice

Que rinde culto á un Dios que le maldice.

La verdad siente, adora la hermosura
Y la quiere cantar ; mas cuando canta,
Con su voz la verdad se desfigura,
Con sus acentos la belleza espanta :
El pensamiento que pintar procura
Trueca naturaleza en su garganta,
Cual trocaba de Fálaris el toro
En rugido feroz tímido lloro.

Puso el genio á sus hijos en la frente
Brilladora señal de vivo fuego,
Y abriéndoles su alcázar eminente,
Lo cerró á la violencia como al ruego.
« Si hay, díjoles el númen, quien intente
Mis umbrales hollar osado y ciego,
Sin que de allí le arrojen vuestros brazos,
Caerá sobre él mi pórtico en pedazos. »

Cedamos á la ley que nos condena ;
Callar es el deber del labio rudo ;
Con el destino la razon lo ordena :
Muere la envidia en el respeto mudo.
Abandone la cítara sin pena
Quien la pulsó de inspiracion desnudo,
Y huyendo competencias desiguales,
Destrócela á los pies de sus rivales.

Cantad, poetas : vuestras arpas de oro
Con su mágico son llenen la esfera ;
Confundida entre mil romperá en coro
Mi voz en vuestro aplauso la primera.
Fruto es del tiempo que perdido lloro
La admiracion que mereceis sincera.
Recibid el tributo que os ofrece
Quien os escucha y goza... y enmudece.

II.

EL ALCALDE RONQUILLO.

(FRAGMENTO.)

Poco antes que en el Duero se sepulte
Cruza Pisuerga plácida campiña,
Donde la rica mies, la rica viña
Derraman sus tesoros á la par.

Descuella un monte allí : sobre su cumbre
Un gigantesco torreón se eleva,
Mónstruo que con las víctimas se ceba

Que le da el despotismo á devorar.

Agrio son de cadenas y cerrojos,
Amenazas de bárbaros sayones,
Súplicas, alaridos, maldiciones,
Llenan aquella lúgubre mansion.

Fortaleza la llama quien lejano
Su mole vé sin registrar su centro;
Llámala infierno quien suspira dentro,
Cárcel la ley, su afrenta la razon.

Allí un anciano en miserable estancia,
Mas bien que calabozo, sepultura,
Sufre de sus pesares la tortura,
Con el pie de la muerte en el umbral.

Pero en aquella frente consagrada
Señales duran de lo que era un dia;
Centellea en sus ojos todavía
La llama del espíritu marcial.

Bajo el morado episcopal vestido
Violento late el corazon de Acuña;
Cuando su mano el pectoral empuña
Fué un acero quizá lo que buscó.

¡Padilla! sin cesar suena en su labio,
Y un ay le sigue, y el prelado llora;
Y es el audaz prelado que en Zamora
¡Santiago y libertad! apellidó.

« ¿Porqué, Señor, arrodillado dice
Delante de un ebúrneo crucifijo,
Porqué, Señor, tu cólera maldijo
La jornada infeliz de Villalar? »

¿Era pendon de iniquidad acaso
La bandera del noble comunero?
Por defender el injuriado fuero,
¿No es lícito la espada desnudar?

Si entronizado el codicioso belga
Saqueaba el palacio y la cabaña,
Y desangrando á la infeliz España,
Rios de oro enviaba á su nacion;
Si reia en espléndido banquete,
Sirviéndole de música el gemido
De un pueblo que por él empobrecido,
Moribundo imploraba compasion;

Si al pedirle justicia el triste padre,
Padre á quien deshonoró vil cortesano,
Decia el estrangero al castellano:

Cómprame la venganza y la tendrás;
¿Debió Castilla tolerar su afrenta?
¿No debió armarse para entrar en liza,

Y gritar á la chusma advenediza:
No reinaréis sobre mi suelo mas?

¿Condenaste, Dios mio, por mi culpa
La empresa que, si nó, te fuera grata,
Porque soltando el báculo de plata,
Del profano baston el puño así?

No, que Samuel, ministro de tus aras,
Tambien en sangre se bañó la diestra;
Joyada de tu templo hizo palestra;
Moises armó los brazos de Leví.

Lo veo, sí, con la caida nuestra
Tú quisiste enseñar á las naciones
En dos tremendas, útiles lecciones
Lo que merecen, lo que pueden ser.

Quéjese el pueblo que agoviado llora
Solo de sí, porque obedece al yugo;
Mas sepa si combate á su verdugo,
Que sin union es fuerza perecer.

Precieron por eso en el cadalso
Los hijos de la gloria y de la guerra:
Sus casas igualadas con la tierra
Yacen cubiertas de ignominia y sal.

¿Por qué me ha perdonado la cuchilla?
¿Por qué esta cárcel mi vivir esconde?

— Una voz pavorosa le responde:
« Porque te espera muerte de dogal. »

Abrese con estrépito la puerta,
Y precedido de villana tropa,
Vestido un hombre de funesta ropa
Resuelto avanza en la prision el pie.

Vara sutil de magistrado lleva,
Que en él parece látigo sangriento:
Ningun rasgo de humano sentimiento
En su frente fanática se vé.

Sanguinaria la boca, sanguinarios
Los torvos ojos de iracunda hiena,
Con desplegar el labio ya condena,
Con su mirada martiriza ya.

Mudo, pasmado el infeliz Acuña,
La decision espera de su suerte:
No le acobarda la imprevista muerte;
Pero le aterra ver al que la da.

« En nombre de don Carlos os lo mando, »
Grita á los suyos el feroz alcalde;
Pero dicta sus órdenes en balde:
Tiembla el esbirro, párase el sayon.
« Obedeced, » el bárbaro repite;

Los satélites claman : « ¡ sacrilegio ! »
 Y acatando el sagrado privilegio ,
 Se lanzan en tropel de la prision .
 « No teme el vengador de la justicia ,
 Dice el cruel , del hombre ni del cielo :
 Ese dogal tirado por el suelo
 No quedará sin víctima esta vez . »
 « ¡ Ronquillo ! » fué á esclamar el sacerdote ;
 Pero apagó su voz el duro lazo
 Que estrechó con la planta y con el brazo
 Aquel verdugo en hábito de juez .
 Por los tránsitos luego de la cárcel
 Su trofeo arrastró , dejando en ellos
 Con la sangre de Acuña y los cabellos
 Señalado el camino que llevó .
 Y á un corredor llegando , guarnecido
 De dorado arabesco pasamano ,
 A ver el espectáculo inhumano
 Testigos el sacrilego llamó .
 Y llegaron , y dijo : « Comunerros ,
 Que desdorar quisisteis la corona ,
 La clemencia de Cárlos os perdona :
 De Simancas salid ; pero ¡ mirad ! »
 Y el cordel ominoso atando á un hierro ,
 Lanzó al aire el cadáver palpitando...
 Cayó la turba mísera temblando ,
 Pasmada de terror y de piedad .
 Alzóse un alarido que llenaba
 Del ancho patio el ámbito vacío ;
 Sucedió al penetrante vocerío
 Misterioso susurro de oracion :
 Oscilaban pendientes entre tanto
 Del corredor los míseros despojos ,
 Y el llanto que asomaba en muchos ojos
 Lo tragaba en secreto el corazón .
 Pero el cáñamo vil con un crujido
 Turbó el piadoso fúnebre homenaje ,
 Y anunció desde el alto barandaje
 Nuevos horrores que mirar despues .
 Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo...
 Sonó un golpe violento... y de repente
 De sangre salpicósele la frente ,
 Y vió el roto cadáver á sus pies .
 « Esconda , dijo , su ignominia luego
 La sepultura que á pedirme vino .
 Comunerros , sabéis vuestro destino .
 ¡ Sed fieles al invicto emperador ! »

Y salió del castillo á lento paso ,
 Con un lienzo cubriéndose la cara ,
 Y agitando en el aire aquella vara
 Que sembraba el espanto y el horror .

1836.

III.

AL BUSTO DE MI ESPOSA.

Imágen de mi adorada ,
 Consuelo de mi dolor ,
 Unica prenda salvada
 Del naufragio de mi amor ;
 ¿ Porqué clavados estan
 Siempre mis ojos en tí ,
 Si jamas en tí verán
 A la hermosa que perdí ?
 ¿ Dónde el fuego de sus ojos
 Me ha conservado el cincel ?
 ¿ Dónde los matices rojos
 De sus labios de clavel ?
 Mas ¿ pudo quedar cautiva
 En piedra , tela ó metal
 Su belleza fugitiva ,
 Su mirada angelical ?
 Naturaleza al formarte ,
 Dulce bien del alma mia ,
 Quiso luchar con el arte
 Que en imitarla porfia ,
 Y dijo con altivez
 Despues que en tí se miró :
 « Que venga el hombre esta vez
 A copiar lo que hice yo . »
 Triunfabas , naturaleza ,
 Y triunfas en mi memoria ;
 Pero ¡ con qué ligereza
 Renunciaste la victoria !
 Polvo ya la criatura
 Donde brilló tu poder ,
 No tiene esa piedra dura
 Competencias que temer .
 Diestro , escultor , anduviste ,
 Disculpa mi loco error :
 No hay en la boca del triste
 Sino acentos de rigor .
 ¿ Qué dejáras por hacer
 Al que rige las esferas ,

Si tú una piedra pudieras
 Trocar en una muger ?
 Debiera yo comprenderte ,
 Y en ese mármol fatal
 Ver el triste material
 De las urnas de la muerte .
 Memorias de destruccion
 Graba en él la humanidad :
 ¿ Era fatídico el don ,
 Escultor , de tu amistad !
 Yerta me representaste
 La faz del bien de mi vida :
 Pronto la ví convertida
 En el mármol que labraste .
 Como él encontré de frio
 Su labio cárdeno y mudo ;
 La única vez que no pudo
 Responder al labio mio .
 ¿ Cuántas veces , dulce dueño ,
 Turbó con su huella ardiente
 La dulzura de tu sueño
 El beso que dí en tu frente !
 Mas no te pudo arrancar
 De aquel letargo profundo :
 De él solo has de despertar
 Al ay de muerte del mundo .
 ¿ Qué condicion miserable !
 ¿ Cuánta del hombre es la mengua !
 ¿ Teniendo un ángel que le hable ,
 Ser extranjero á su lengua !
 Aquella noche postrera ,
 Bien mio , de tu vivir ,
 Tú me hablabas placentera
 De un dichoso porvenir .
 En tu semblante lucia
 Profética inspiracion :
 Era tu hablar de alegría ,
 Pero lúgubre su son .

Cerca de la dicha estabas :
No fué el presagio falaz :
Poco despues habitabas
Las regiones de la paz.

Como antorcha moribunda
Tal vez aviva su fuego,
Y el aire de luz inunda,
Y en luto se envuelve luego ;
Así aureola brillante
De esperanza y juventud
Te ciñó por un instante
Palpando ya el atahud.

Fugaz relámpago aquel
De dicha para los dos,
Todo fué ternura en él,
Porque era el último adios.
Así nos viene á halagar
Con su plácido arrebol,
Y se hace mas bello el sol
Al sepultarse en el mar.

Leía en tu languidez
La muerte su triunfo vil,
Y asomaban á tu tez
Sombras de bastardo añil. —
Bella y fuerte de improviso
Venturas te prometias... —
Era que abrirte veias
Las puertas del paraiso. —

Tal te miro en ilusion,
Que en mi despecho me arredra
Muchas veces en la piedra
Que te retrata en borron.

Que allá en las horas de calma
Vestidas de oscuridad,
Cuando misterios al alma
Revela la eternidad,
Si tu imágen estremece
Huracan que ronco zumba,
Que levantas me parece
La cabeza de la tumba.

Luz que de purpúrea tinta
Se reviste cuando pasa
Por pliegues de roja gasa,
Tu bulto cándido pinta.

Y sus rayos se despuntan
En el cristal, que es el velo
De tu semblanza de hielo,

Y resbalan y se juntan ;
Y ornan la impasible sien
Con diadema esplendorosa,
Cual la que tu frente hermosa
Lleva junto al sumo bien.

La piedra entonces se mueve,
Se reaniman tus luceros ;
Ya coral en vez de nieve
Son tus labios hechiceros,
Y eres tú, la misma, aquella
Que yo delirante amé,
La que mi vida, mi estrella,
Mi cielo en la tierra fué.

Tú mi angélica María,
Tan bella como te ví,
Tan llena de amor, el dia
Que diste el modesto sí.
De tus labios el consuelo
Nace entre sonrisa pura,
Tu frente exhala ventura,
Derraman tus ojos cielo.

Yo te adoro de rodillas,
Y vienes á donde estoy,
Porque á abrazarte no voy,
Ciego á la luz con que brillas.
Y tu ósculo al recibir,
Comprendo tu ser divino,
Y de su encierro mezquino
Tras tí el alma quiere huir.

Con tu diestra la detienes,
Y batiendo blancas alas,
Vuelas ; ay! y me señalas
La mansion de donde vienes.

Y el aire al atravesar,
Despidiéndote de mí,
Te paras á pronunciar
Un *espera* y un *alli*.

Y en el espacio azulado
Luego mis ojos no ven
Mas que un iris empapado
En aromas del Eden.

Disipada la vision,
Cobras la forma glacial,
Mas dejas al corazon
Esperanza celestial.

Que el hombre que á poseer
Llegó entre delicias mil

Un puro angélico ser
En un cuerpo femeníl,
En el valle del dolor

Querer solo puede ya.
Unirse pronto á su amor
En el cielo donde está.

IV.

LA MUERTE.

Mirádle: sobrepúrpurasentado,
La copa del placer bebiendo está.
Oid : en su cantar regocijado
Ay de dolor discorde sonará.
« El hombre, del mundo rey,
Siervo de la muerte vive ;
Dicta á la tierra la ley :
De la nada la recibe.
Gloria y oprobio eslabona,
Pero en desigual razon ;
Seguros sus hierros son,
Disputada su corona.

No halla el hombre criatura
Que á su cetro no resista :
Dios le da la investidura ;
Y él el poder se conquista.
Osado en su frente á herir
Insecto mísero viene,
Que armas para herirle tiene
Y alas tambien para huir ;
Y ante las aras se vé
De la muerte sin defensa
El ínclito ser que piensa
Con una cadena al pié ;
Y la segur del destino
Le postra al golpe fatal
Cual troncha cañas de lino
Granizada colosal.

Es resistir á la parca,
Es huirla, insensatez :
Con sola una mano abarca
Del orbe la redondez.
El hombre en tal situacion,
Para encubrir su flaqueza,
Con visible sutileza
Forjó la resignacion ;
Y quiso hacerse creer
Sofista consigo mismo,
Que cabia un heroismo
En su falta de poder. —
¿ Porqué ese título falso
De rey, hombre, se te da ?
Tú eres un reo que va
De la cárcel al cadalso,
Cuya muerte á proporcion
La retarda ó la acelera
Lo largo de la carrera
O la prisa del sayon.
¡ Ay! para haber de arrastrar
Esa precaria existencia,
Esclavo de una sentencia
Que no se puede evitar,
Yo en el caso de elegir
Hubiera dicho : primero
Quedarme en la nada quiero
Que nacer para morir. »

Así el hombre delira y se atormenta
Luchando con idea tan cruel :
Insecto que de flores se alimenta,
Y labra acibar en lugar de miel.
Tímido caminante en noche oscura
Se asusta del benéfico pilar
Que próximo descanso le asegura
Tras largo y afanoso caminar.
Caliz la vida por el fondo abierto

Que al licor deja sin cesar huir,
Y único punto al hombre descubierto
La muerte en el nublado porvenir,
¿Porqué dar á ese vaso y á esa meta
Furtivas ojeadas de terror?
Mirarlos, sí, mas con la vista quieta,
Y naciera del hábito el valor.

Despavorido huyó la vez primera
Que vió el salvaje el bélico corcel,
Y osado luego á la temida fiera
Clavó el harpon, y se vistió su piel.

Si al término de todos los caminos
Hay un despeñadero que rodar,
¿Porqué en la hondura amontonar espinos?
Rosas donde caer conviene echar.

¿Y qué es morir? ¿qué es eso que desvela
Tanto al hombre que eterno quiere ser?
Hallar al fin la eternidad que anhela,
Y un vestido prestado devolver.

No es el hombre la caja quebradiza,
Forma perecedera si gentil
Que la mano del tiempo pulveriza
Y restituye á su principio vil:

Allí dentro un espíritu se encierra
Noble, puro, de origen celestial;
Aquello es hombre, lo demas es tierra,
Y aquello no perece, es inmortal.

Sediento el hombre de ventura vive,
Y apenas en la vida la entrevé:
¿Será posible que la mano esquivé
Que de los cielos posesion le dé?

Breve es la vida. Brevedad dichosa
Que los dias acorta de ilusion,
Y nos lleva en carrera presurosa
De la verdad á la feliz region!

¿Qué pide la virtud en la bonanza?
¿Qué anhela en la desgracia la virtud?
El piélagó cruzar de la esperanza
Sirviéndole de barca el atahud.

El malvado que gima y se amedrente
De rendir á la muerte la cerviz;
Huélguese en la miseria de viviente,
Temeroso de ser mas infeliz;

Pero es al cabo por decreto eterno
Desastroso el vivir del criminal,
Y si en la muerte asústale el infierno,
Su vida es otro infierno temporal.

Mezcla el hombre de espíritu y de lodo,
Ya escepcionado de la ley comun,
¿Porqué si su alma sobrevive á todo,
Mas privilegios pretender aún?

Esos orbes vivíficos de lumbré
Que al mundo animan y le dan color,
Florones de la diáfana techumbre,
O joyas del vestido del señor:

Esta del hombre equívoca morada,
Cementerio con galas de jardin,
Todo al voraz abismo de la nada
Corre y en él encontrará su fin.

Y en medio del magnífico vacío
Que llenará la eterna magestad,
El hombre girará con señorío,
Satélite de un sol divinidad.

Plazo es la vida que emplear debemos
En adquirir felicidad mayor,
Felicidad que adivinar podemos
En los goces que dan virtud y amor;

Y consumir en quejas vanamente
Los dias de este plazo de merced
Es, en vez de limpiar escasa fuente,
Cegar su vena y perecer de sed.

Muerte, centro de todo, ley temida
Mucho rigiendo, al abolirse mas,
Porque el dia fatal de tu caída
Contigo al universo arrastrarás,

Angel eres que al alma aprisionada
Libertas de prolija esclavitud,
Y ya del roce con el cuerpo ajada
La vuelves á su hermosa juventud.

¡Muerte! si tú me guías á los brazos
De los seres que amé, de aquellos dos
Que de mí se llevaron dos pedazos
En el amargo postrimer adios;

Si al padre caro, si á la esposa amante
Ya para siempre me uniré por tí,
Si á la madre he de ver que tierno infante
Primero la lloré que conocí;

Ven, que tú eres la dicha, errado el nombre;
Tú haces la vida dulce de dejar,
Y tú puerto seguro das al hombre
Que errante boga por inquieto mar.